

EL LIBRO DE BUEN AMOR Y LA TRADICIÓN DE LOS BESTIARIOS

Armando López Castro
Universidad de León*

La formación de la cultura europea tiene lugar durante la Edad Media, cuando el cristianismo recupera la tradición de las religiones antiguas para darles una nueva orientación. Para el pensamiento cristiano, el conocimiento de la naturaleza debe llevar al conocimiento de Dios, de ahí la necesidad de trascender lo visible para acceder a lo invisible, según una concepción que, partiendo de San Pablo (*Romanos*, I, 20), llega hasta Santo Tomás (*Summa*, I. Q. 39, ar.8), después de haber pasado por figuras tan eminentes como San Agustín y Ricardo de San Víctor, quien en su *De gratia contemplationis* afirma: “Propio de la sexta forma de contemplación es trascender toda racionalidad humana”. En realidad, ciencia y mito conviven desde la Antigüedad clásica hasta el siglo XII, época en la que el espíritu humanista de Chartres crea el optimismo naturalista, según el cual la naturaleza es una potencia creadora y el cosmos se percibe como un conjunto organizado racionalmente. El rechazo de los universales en beneficio de lo particular, propio de la filosofía nominalista, trajo consigo un nuevo enfoque de la naturaleza, basado en la observación directa de los hechos. De ese conocimiento inmediato, que debe ser trascendido por medio del símbolo, participa toda la tradición de bestiarios ligada al *Physiologus*, tal vez la obra más difundida, después de la *Biblia*, hasta el siglo XIII, que había comenzado a elaborarse en el período alejandrino, cuando las descripciones fantásticas no van acompañadas de las alegorías moralizantes, y cuya desaparición va unida al dominio de la nueva actitud racionalista. Si en cualquier obra literaria se expresa la mentalidad de su época, resulta evidente que el método simbólico de moralización del *Physiologus*, que utiliza la naturaleza como prueba para la exposición de una creencia religiosa, se amolda al propósito didáctico del *Libro de Buen Amor*, que desaconseja la práctica del loco amor mediante el fracaso reiterado de las aventuras. Su ejemplaridad, ilustrada a través de fábulas y apólogos, refranes y máximas, la mayor parte de ellos tomados de la tradición de los bestiarios, procede de la contraposición entre lo exterior vil y lo interior valioso, como lo prueban las constantes advertencias sobre el sentido encubierto del poema. Lo ejemplar no sería así fruto de la persuasión, como sucede en los sermones, sino de la alternancia entre lo serio y lo burlesco, que es lo que da al libro del Arcipreste su razón de ser¹.

* Este trabajo se enmarca dentro del Proyecto de Investigación titulado *La transformación y adaptación de la tradición esópica en el Libro de Buen Amor*, concedido por la Junta de Castilla y León, con número de referencia LE020A10-1.

¹ En su prólogo “El Fisiólogo y la Edad Media”, refiriéndose a este bestiario como punto de partida de una serie de obras similares, señala N.Guglielmi: “En todo caso pensamos que su desaparición obedece a que no pudo subsistir ya ni como obra científica ni como creación literaria. Se convirtió en un híbrido, en una monstruosa creación, como muchas de las que aparecen en sus páginas. Un híbrido que no pudo sobrevivir en el clima que había creado la nueva actitud racionalista”, en *El Fisiólogo: Bestiario Medieval*, Buenos Aires, Eudeba, 1971, p.16. En cuanto al carácter didáctico de la obra, remito al ensayo clásico de M^a R^a Lida de Malkiel, “Nuevas notas para la interpretación del Libro de buen amor”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XIII (1959), pp.17-82. Recogido en *Estudios de Literatura Española y Comparada*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, pp.14-91.